

Mario Crespo López. *José María de Cossío. Vida hasta la guerra civil (1892-1939)*. Madrid: Icom Global, 2010. 320 pp.

Detrás de este volumen de Mario Crespo se esconde una labor investigadora ardua y rigurosa, fruto de muchos meses de búsqueda en los archivos de la Casona de Tudanca, el Ateneo de Santander, las Bibliotecas Menéndez Pelayo y Municipal de Santander las Fundaciones Federico García Lorca y Gerardo Diego o la Residencia de Estudiantes de Madrid y de conversaciones con amigos y conocidos de Cossío; largos meses para hacerse con un material gráfico, epistolar y documental que ha de ser ordenado y clasificado para darle forma, después, como parte de las páginas de un estudio.

El libro que nos ocupa hoy es un libro hermoso por fuera y por dentro. Cuando hablo de fuera, me refiero al diseño y colorido de la cubierta, al tacto suave del papel, a su olor –los libros huelen cada uno a su manera– al apropiado tamaño de las letras, o a las estupendas fotos que incluye.

Pasemos a su interior. José María de Cossío es una de las figuras claves en el hispanismo del siglo xx. Amante y estudioso de la Poesía es autor de numerosas ediciones, estudios y artículos sobre los poetas del siglo de Oro español, los románticos, Rubén Darío, o los poetas del 27 con los que mantuvo una entrañable amistad. Su conocimiento del mundo taurino le llevó a escribir dos obras fundamentales en este ámbito: *Los toros en la poesía castellana* y *Los toros. Tratado técnico e histórico*. Su casona de Tudanca fue lugar de estancia y tertulia de gentes como Unamuno, García Lorca, Alberti, Gerardo Diego, Guillén. La biblioteca que alberga sigue siendo hoy destino de investigadores de los más variados temas y admiración de cualquier visitante. Habría que mencionar también su actividad como director interino de la Biblioteca Menéndez Pelayo, su condición de miembro de número de la Real Academia Española, su presencia en los Ateneos de Santander o Madrid, su participación en los cursos de verano de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, etc, etc. A pesar de todo esto, José María de Cossío sigue siendo poco conocido. Su nombre está en una segunda línea oscurecido quizás por esos nombres de primera fila que ya han salido o por su condición de investigador y erudito, labor menos reluciente y menos valorada en nuestro país que la creadora. Sea por lo que fuere, dentro de la bibliografía sobre Cossío tan sólo hay un libro monográfico parece que no muy difundido, *Semblanza y obra de José María de Cossío*, de Rafael Gómez, conservador de la Casa-Museo de Tudanca. Por consiguiente, el trabajo de Mario Crespo llena claramente un vacío.

José María de Cossío. Vida hasta la guerra civil (1892-1939). Una de las cosas que me extrañan al ver la cubierta es este título ¿Por qué una biografía tan sólo de una parte de la vida de Cossío, que, como ustedes saben vivió hasta 1977? El autor explica enseguida la razón y es una razón muy convincente: «a primera mitad de su vida se nos presenta con tal intensidad y con tal riqueza documental que bien merece una monografía específica.[...] A partir de 1940 Cossío se convierte decididamente en un contemplador, en un hombre social partícipe de tertulias que tienen sus años contados. Su obra a partir de la conclusión de la Guerra Civil, además, con ser interesante y variada, creo que no es sino una proyección de los intereses de Cossío ganados en la década de los años diez a treinta».

Uno de los mayores atractivos de esta biografía es su originalidad: no es una biografía al uso, siguiendo el estricto devenir cronológico del biografado –aunque apunto que al final del libro se incluye una detallada cronología del erudito, complemento muy útil de las páginas previas– sino que se estructura en capítulos de hermosos títulos que desarrollan los variados intereses y registros del escritor. Veámoslo deteniéndonos en alguno de ellos.

Señorío feudal del sentimiento abre el conjunto a modo de lírica semblanza del escritor en su casona de Tudanca, lugar casi «inespacial» donde entre las nieblas y las lluvias montañosas, lee, escribe, medita, reposa, entra en contacto con sus ancestros y vive con las gentes del lugar. La Montaña, que no fue la tierra natal de Cossío, sí fue una segunda patria chica –o tal vez primera– y se-

guramente la literatura ayudó a ese cariño gracias a la admiración que sentía por Menéndez Pelayo o por Pereda, de quien editó su obra completa. En Tudanca hay espacio para esa nostalgia que le acompaña en diferentes momentos de su vida, y para la tertulia amena con lugareños y amigos, ejerciendo, en palabras de Cocha Espina, un «señorío feudal del sentimiento», conseguido a base de generosidad y amor al prójimo. Tudanca es un refugio contra el dolor del mundanal ruido, una tierra, como dice Mario Crespo «llena de presencias que le salvan del abismo».

Infancia y juventud informa de su nacimiento en Valladolid, de su pronta orfandad –sus padres murieron cuando apenas tenía un año–, de sus estudios en el colegio de jesuitas, de la carrera de Derecho cursada también en Valladolid. Son los años de sus primeros escritos y del comienzo de su afición por los toros. El curso 1912-13 lo pasa en Madrid, donde prepara su doctorado en Derecho. Conoce a Joselito, al que le unirá una entrañable amistad. Es de este tiempo su relación con Unamuno, al que conoce en 1912 en Valladolid y con quien estrechará vínculos en Salamanca, ciudad a la que se traslada Cossío en 1913 para cursar estudios de letras, aunque, llevado por esa pasión por el mundo taurino, frecuentará tanto o más las ganaderías que las aulas.

Se llamaba José Gómez Ortega, en su arte, Joselito repasa la amistad entre el famoso matador y José María de Cossío, con un retrato muy completo del talante y la personalidad de este excepcional torero, clásico y elegante, entregado por completo a su profesión, cuya prematura muerte en 1920 en la plaza de Talavera sume a Cossío en una profunda melancolía y le hace escribir un artículo donde el decidido taurófilo considera la fiesta de los toros cruel, estúpida, deprimente y exaltadora de los valores puramente sensuales. Del recuerdo de Joselito surge la «Epístola a Ignacio Sánchez Mejías», cuñado del torero muerto, poema que figura completo en los anexos de este volumen y donde Cossío logra momentos de extremada emoción vital poética.

Epístolas y libros para los amigos. Cossío fue el amigo por antonomasia, verdadero amigo de sus amigos, conversador infatigable y gratísimo, generoso con su tiempo y su sabiduría. Una muestra de todo esto puede ser la colección titulada «Libros para amigos», conjunto de obras no venales, editadas a sus expensas, donde entre 1920 y 1928 ven la luz trabajos de José del Río Sainz, Unamuno, Gerardo Diego, Teófilo Ortega, Francisco de Cossío o Rafael Alberti, entre otros muchos (no le fue posible a Cossío editar, como hubiera querido, originales de Juan Larrea, Azorín o Federico García Lorca). Abre la serie en 1920 el volumen *Epístolas para amigos*, del propio Cossío, que reúne composiciones poéticas dirigidas a gentes muy queridas. Indica Mario Crespo que era costumbre entre Cossío y sus amigos poetas escribirse versos unos a otros, como un medio más de recuerdo y comunicación, confiando al papel lo que la distancia no permitía confiar a la voz. En opinión de Cándido Rodríguez Pinilla poeta y amigo ciego de Unamuno, con el que Cossío compartió charlas en Salamanca, estos versos –dignos de un poeta maduro y hecho–, están teñidos del dolor y del desengaño vital, vivido o temido. Recordemos que la muerte de Joselito está muy próxima y que Cossío, retirado en Tudanca, siente con toda probabilidad la melancolía y la tristeza que traslucen sus versos.

Miguel de Unamuno protagoniza el siguiente capítulo: *Unamuno, la historia universal de Tudanca y la tregua en el perpetuo luchar*, reflejo de la amistad entre el pensador salmantino y Cossío. Tomando como base la estancia de don Miguel en Tudanca durante veinte días del verano de 1923, se nos ofrece el retrato de un hombre clásico y romántico, cumplidor y rebelde a un tiempo, sencillo, lector incansable, gran conversador, escritor prolífico y multiforme con un único tema sin embargo: el anhelo y la necesidad imperiosa de eternidad. Unamuno se integra plenamente en la vida de Tudanca: camina infatigablemente por la montaña, juega al ajedrez, conversa con el cura, el maestro, acude a la bolera, hace pajaritas de papel para los niños y se interesa por lo que sucede en la aldea. Incluso, como el Lázaro de *San Manuel Bueno, mártir*, asiste a la misa parroquial para no ser ocasión de escándalo. De Unamuno quedan hoy en Tudanca varios libros –tres de ellos con entrañables dedicatorias escritas ese verano– y once pajaritas de papel.

El amor con mayúsculas de Cossío hacia la poesía –no en vano dijo en una ocasión que su esposa legítima había sido siempre la poesía– queda patente en el capítulo *La poesía española, de la bucolía a las notas de un asedio*, donde se incide en su amistad con muchos de los poetas del 27 con los que colabora activamente en proyectos como el Homenaje a Góngora. Salen ahora de manera especial Rafael Alberti, que en una estancia en la casona de Tudanca escribe *Sobre los ángeles* y Fernando Villalón, ganadero-poeta al que Cossío frecuenta en Sevilla. Alienta y colabora Cossío en las jóvenes revistas poéticas de los años 20: *Meseta*, *Papel de alehuyas*, *Alfar*, *Verso* y *prosa*, *Litoral* o *Cruz y Raya* con estudios de poetas del Siglo de Oro –Fray Luis de León, Francisco de Aldana, Góngora, Quevedo–, románticos como Bécquer o portugueses como Camoens. Edita y prologa a Alberto Lista o a Joaquín Polo de Medina, comenta, dando muestra inequívoca de su sensibilidad, a poetas y poemas clásicos y modernos en sus «notas de asedio» reunidas en el volumen *Poesía española* en 1936, uno de sus libros predilectos o se entusiasma con el descubrimiento hecho por Gerardo Diego en un volumen de la casona de Tudanca de la *Égloga a la muerte de Doña Isabel de Urbina*, de Pedro de Medina Medinilla. Era además un admirable recitador de poesía, tal como lo atestiguan muchos de los espectadores de sus recitales o los privilegiados amigos asistentes a las tertulias de la Casona de Tudanca. Cierra el capítulo un apartado que ilustra la relación entre Cossío y Miguel Hernández, que mantuvieron entre 1935 y 1942 una sólida amistad nacida de la admiración, el profundo aprecio y la mutua colaboración. «Amistad en medio de la tragedia», en palabras de Mario Crespo, en el doloroso contexto de la guerra y la posguerra españolas.

Varios capítulos más se refieren a la afición taurina de Cossío, reflejada en la vida y en los libros; a sus artículos de prensa –en periódicos y prestigiosas revistas literarias, donde escribió no sólo sobre literatura–; a su estrecha relación con Miguel Artigas y a su participación en el surgimiento de la Fundación Menéndez Pelayo y del *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*; a su gusto por el fútbol. Se llega así al capítulo final *De los años treinta al humo de la paz*. En política, Cossío se ha identificado con el republicanismo conservador. Acoge con prudencia la República, rechazando cualquier tipo de extremismo. Al comienzo de la contienda muere su sobrino combatiente en el bando nacional. A Cossío le sorprende el alzamiento en Madrid, donde vive escondido junto a Ramón Carande en una pequeña casa de la ciudad jardín, un oasis según Díaz Cañabate en aquel Madrid de guerra: «Allí seguíamos la marcha de la guerra en el hule con el mapa de España que cubría la camilla (...) Allí hubo veladas poéticas deliciosas (...) Allí, José María, en otras tardes, leía en voz alta comedias de Lope de Vega, dramas de Zorrilla, versos de Quevedo o de Góngora. Allí, una vez a la semana había torneo de ajedrez. Allí había ¡hasta tabaco! En un bote que se nos antojaba a los visitantes el tesoro de los Médicis».

Acabada la guerra, preso Miguel Hernández y asesinado Federico García Lorca, exiliados Pedro Salinas o José Samitier, perdidas para siempre tantas cosas irrecuperables, con el alma llena de memorias trágicas recientes, Cossío regresa en julio de 1939 a su pueblo de Tudanca. Su vida desde entonces es ya materia para otro libro. En el de Mario Crespo tenemos la imagen no sólo de un hombre sino de muchos. Es una obra sobre Cossío y sobre Unamuno, Gerardo Diego, Rafael Alberti, José Sainz del Río, Miguel Artigas, Miguel Hernández, Joselito, Ignacio Sánchez Mejías, José Samitier y un largo etcétera. Una edad de plata de la vida y la literatura españolas, en estrecho contacto con una edad de oro, la de los poetas que Cossío y sus amigos tanto admiraron. Mario Crespo nos pasea con un estilo claro, preciso, ameno e intensamente lírico por momentos, a lo largo del más de cuarenta años y nos retrata en palabras acertadas y sorprendentes a un hombre que vivió una vida plena y completa, apasionado por los libros, los toros, el fútbol y la amistad, polifacético y perpetuamente joven si, como decía Azorín, la vejez es solamente la falta de curiosidad.

MARÍA MARTÍNEZ CACHERO
UNIVERSIDAD DE OVIEDO